

El mundo se cruza en las Malvinas

LA REALIDAD IMPREVISIBLE

EDUARDO HARO TECGLÉN

OTRA vez una razón para el «desencanto»: la guerra de las Malvinas. Para el «desapego», como decía Toynbee para describir esa sensación de unas sociedades en determinados momentos históricos —no es una exclusiva de nuestra época— en los que hay una especie de desprendimiento del ciudadano de las acciones y reacciones políticas de la civilización en que está incluido. Una cierta impotencia ante la fatalidad. Coincide con una preparación psicológica que se viene alentando en la literatura, culta y popular, desde hace ya tiempo: el teatro del absurdo, las utopías negativas, la política-ficción, la ciencia-ficción. Todo ese pensamiento diseminado viene a coincidir en unos puntos: la guerra —equivalente a la destrucción definitiva— puede depender de un equívoco, de un imprevisto, de un incidente mínimo, de una incapacidad de control de la lógica y del sentido común sobre determinadas fuerzas. Los dioses ahora no son poderosos y hasta implacables como el tragedia clásica, ni malignos como el mito de los pequeños demiurgos; son simplemente estúpidos y el hombre no puede librarse de esta estupidez. El sentido de estupidez, de insensatez, de falta real de motivación, es uno de los más acusados en este conflicto, el más denunciado por los editoriales de quienes se incluyen, todavía, en el sentido común. Y el paso del tiempo, la medida larga en la que todo se intenta para evitar el final deplorable y en el que todo falla. Entre el primer gesto de esta tragedia, el de la ocupación argentina de las islas el 2 de abril y la batalla de la manga de San Carlos con la instalación de 5.000 soldados británicos frente a los quizá 6.000 reclutas argentinos, han transcurrido 50 días. Cincuenta días en nuestro tiempo son mucho más aprovechables que 50 años en una antigüedad no muy remota. Los mediadores viajan en «jet», conversan por radio y por teléfono de un punto a otro del pla-

netá; los ordenadores permiten una determinada velocidad en la oferta de soluciones, los satélites transmiten la información. Hay un contraste entre esa velocidad y la lentitud antigua con que la flota británica ha ido desde Portsmouth al eje mismo de las Malvinas. Ese contraste, esa desproporción, unidos a la aparente insignificancia de lo disputado, abundan en la sensación de «fatum», de algo inexorable y también inevitable. El ciudadano del mundo no comprometido ve con fascinación cómo se realiza lo no deseado; ve cómo algunos de sus semejantes salen de pronto del desapego, e incluso de la hostilidad y la enemistad hacia sus gobernantes del momento, y se convierten en seres enardecidos y agresivos, con los cerebros blancos de cualquier razonamiento: como los rinocerontes de la famosa obra de Ionesco. Ve también lo que puede ser una imagen de su propia guerra. Como en las famosas palabras de John Donne en el siglo XVII: «Cualquier muerte de hombre me disminuye, porque estoy comprometido con la Humanidad; no preguntes por quien doblan las campanas; doblan por ti»; fueron las palabras que inspiraron la novela de Hemingway sobre la guerra de España, y fueron desdichadamente proféticas.

Es decir, que en un cierto sentido, cuando leemos y contemplamos por la televisión las batallas de fines de mayo en las Islas y en el Atlántico Sur estamos perdiendo un cierto orgullo de la modernidad. Dejamos de ser contemporáneos: nos arrojan a un pasado que queríamos no volver a ver jamás. Sabemos, palpamos, que la guerra es posible: que la guerra es. Hasta ahora nos defendíamos con cierta insensibilidad eurocentrista: la guerra del Líbano, la de Irak-Irán, los conflictos permanentes de Asia, nos parecían cosas de otros. Ya sabemos que pueden ser nuestras. Entre otras cosas, porque las dictaduras también

son nuestras, también están entre nosotros. Ya sabemos lo que sólo sospechábamos: somos vulnerables. Ciertos sentimientos, ciertos nacionalismos, patriotismos, orgullos, juegos con el honor, odios y desprecios, siguen siendo mucho más antiguos que la fuerza y la precisión de las armas y de las técnicas recién inventadas: y, en un momento dado, esos sentimientos antiguos son los que dan las órdenes a esas armas. Ya podemos pensar que Reagan y Brejnev pueden ser un día como Margaret Thatcher y el general Galtieri. Quizá se están preparando para serlo en estos mismos momentos en que se abofetean mutuamente con propuestas de disminución de los armamentos mutuos en lugar de ofrecer soluciones mutuas para sus conflictos ideológicos, morales, sociales y políticos.

Claro que el sentido de lo estúpido, de lo insensato o de lo arcaico lo estamos aplicando desde que estalló ese conflicto desde una cierta comodidad mental. No estamos implicados. Pero ya comenzamos a estarlo. La realidad de que la tragedia existe y se desarrolla, de que las batallas no son unas grandes maniobras sino que se cobran en seres humanos, nos lleva a abandonar esa fatua superioridad del sentido común que no deberíamos tener (¿no vivimos en un país aplastado entre el terrorismo y el golpismo?) y vamos perdiendo distancias. En una situación estúpida, todo el mundo se vuelve obligatoriamente estúpido, porque vive dentro de ella y tiene que adecuar a las reglas su comportamiento. Podemos ir perdiendo, también, la sensación de la objetividad y de la realidad.

Es difícil olvidar que este conflicto, gravísimo para la estabilidad del mundo, tiene un momento de arranque. El momento en que la Junta Militar Argentina pone en marcha un mecanismo de guerra y ocupa unas islas relativamente próximas a su territorio nacional (mucho más próxi-

LA REALIDAD IMPREVISIBLE

mas, indudablemente, que al país bajo cuya soberanía estaban) y las ocupan, poniendo así en marcha una ideología de la nacionalidad por la proximidad, enormemente peligrosa para muchos puntos del globo, y un mecanismo de reivindicación histórica no menos peligroso, pero muy arraigado todavía en este mundo «contemporáneo» (Israel alude a derechos contenidos en sus textos sagrados y una diáspora iniciada hace 2.000 años). Dice ahora esta Junta que su acción de guerra, en disonancia con la de los británicos, no produjo derramamiento de sangre. Mal podía hacerlo sobre un territorio desarmado, con un grupillo de agentes para conservar el orden interno de una población de 2.000 pastores. ¿Se puede atribuir esta acción simplemente a una «estupidez»? Evidentemente, no. Era simplemente un error de cálculo. Una necesidad aparente para ese propio régimen: la de agrupar junto a él a todos los disidentes, envueltos en una causa nacional, y con una cierta impunidad. Consiguió la primera parte, y ahí comienza ya el asombro de los no implicados, el de cómo es posible que una población diezmada, sojuzgada, privada de libertades comunes, que lleva una lucha clandestina que en la mayor parte de los casos le conduce a la prisión, la tortura y la muerte, y en el mejor al exilio, puede sentirse implicada directamente con ella por una extraña presa reaparecida del pasado. Sin embargo, es así. La segunda parte procedía de lo que puede considerarse un error de cálculo: no pensó nunca la Junta en que Gran Bretaña podría reaccionar aceptando el desafío de una guerra que en teoría parecía imposible. Es un error muy frecuente en la historia, el error del «hecho consumado». Hacer un paralelo con Hitler quizá no sea enteramente lícito; pero Hitler tuvo una política de reivindicaciones territoriales, que fue cumpliendo a base de hechos consumados, y todavía los historiadores y las personas con recuerdos históricos reprochan a Gran Bretaña y a Francia —Chamberlain y Daladier— haber pactado en Munich; y se dice, con la facilidad con que se puede predecir el pasado imperfecto, que de haber sido contenido Hitler en sus primeros movimientos, no hubiera sucedido la guerra mundial de 1939 y el nazismo se hubiera consumido en sí mismo. Uno de los aspectos de esta guerra y de la acción de Estados



«Las facilidades logísticas y el apoyo en material de guerra de Estados Unidos a Gran Bretaña y la inquebrantable decisión de Margaret Tahtcher de seguir adelante, puede decidir muy pronto la guerra con considerables pérdidas para Argentina.»

Unidos favorable a Gran Bretaña es el de la contención de las agresiones o de las anexiones por la fuerza, el de evitar un precedente.

Esta incorporación de Estados Unidos a la guerra británica no fue tampoco suficientemente prevista por la Junta Militar, ni aún cuando Haig les explicó claramente cual tenía que ser la posición de su país si el conflicto llegaba a ser militar. La Junta debió creer siempre que la amenaza británica y la de los Estados Unidos no se cumplirían nunca: la primera por la imposibilidad física de una guerra en casi los antipodas, la segunda por el compromiso de los Estados Unidos con Latinoamérica, con el anticomunismo y con su respeto a los regímenes fuertes capaces de contener el comunismo. También debió esperar que Gran Bretaña se quedaría sola: sin embargo, la ha respaldado la OTAN —incluso sentando jurispru-

dencia de que tenía que considerar como propio un tema que afectaba a uno de sus miembros aunque se desarrollase en un país lejano—, y en medida más limitada, la Comunidad Económica Europea, aún con la excepción de dos países que ven reflejados sus problemas en el conflicto: Italia por la enorme migración y por las relaciones antiguas y permanentes con Argentina, Irlanda por su oposición al imperialismo británico que le afecta en su historia y en la actualidad del Ulster. En cambio, la solidaridad latinoamericana ha sido más débil y más equivocada de lo que Buenos Aires esperaba. Se manifiesta de una manera espectacular en Nicaragua y en Cuba; los dos países de la izquierda americana, que llegan a proponer la expulsión de Estados Unidos de la OEA. En cambio Chile está en contra: por la buena razón de que no sabe en que momento Beagle puede ser vic-

tima, también, de un «hecho consumado» argentino. Venezuela socorre a Buenos Aires: pero es porque quiere recuperar Guayana.

El error de cálculo de la Junta es considerable. Tanto que en lugar de realizar una anexión fácil, impune, capaz de reunir en torno a ella a sus propias víctimas nacionales, a los países latinoamericanos y al tercer mundo, puede perder esta guerra y su Gobierno, y hundir a la Argentina en un verdadero caos. Las facilidades logísticas y el apoyo en materia de guerra que los Estados Unidos ofrecen a Gran Bretaña, y la inquebrantable decisión de Margaret Thatcher en seguir adelante —lo cual no haría nunca aunque sea la dama de hierro, y aunque ahora se altere su remoquete para llamarla «la dama de hielo»— puede decidir muy pronto la guerra y con considerables pérdidas humanas y en efectivo de la Argentina. Es una eventualidad enormemente grave para ella.

Puede mantener todavía una esperanza propia de Sansón: la de que acudan en su favor, directamente, la

Unión Soviética y Cuba. Lo están haciendo, pero dentro de una medida. Con apoyos verbales, con ayudas en materiales considerados como no de guerra para superar las sanciones impuestas —por los puertos canarios pasa ahora un flujo de barcos de mercancías soviéticas en dirección a la Argentina que por lo menos duplican el tránsito normal; y vuelven con trigo argentino, burlando así también la fuerza de las sanciones impuestas a la URSS por Estados Unidos cuando el episodio de Afganistán— y, probablemente con información militar desde sus nuevos satélites y desde la flota supuestamente pesquera que navega por las proximidades del área de conflicto. Pero es difícil que la URSS vaya más allá; y es impensable que desde Cuba salgan los «Mig» soviéticos para combatir la flota inglesa. Si así sucediera, los Estados Unidos invadirían Cuba sin pensarlo mucho más. No se sabe a que extremo se podría llegar. Pero todo eso, hay que repetirlo, en impensable.

La URSS ha obtenido ya mucho con esta guerra. Ha obtenido la divi-

sión del mundo de Occidente, y gana con la exhibición manifiesta de esta rotura del mundo occidental. Su apoyo a la Argentina puede convertirla otra vez en el país favorito del tercer mundo; precisamente en el momento en que Reagan se ha desplazado de él no solamente por este apoyo a Gran Bretaña, sino por toda su política de condicionamiento de las ayudas y de desprecio a ciertos valores de los derechos humanos. Dispone ahora de un arma considerable de presión sobre Reagan para la celebración de conversaciones de desarme, y de un nuevo alimento para los movimientos pacifistas de Europa y de Estados Unidos. La forma de presentar el tema como una guerra colonial, imperialista, tiene un enorme atractivo. Los pacifistas europeos vienen creciéndose en su protesta por la existencia de bases armadas de Estados Unidos en Europa; son especialmente sensibles al mantenimiento de toda la red planetaria de puntos de vigilancia de la Gran Bretaña, utilizadas cuando conviene por Estados Unidos.

Una gran parte de la izquierda



«Si la Junta Militar Argentina consigue mantener unida la oposición como hasta ahora dentro de la desgracia, llegaría a formar parte de un régimen populista, de corte peruano.»

LA REALIDAD IMPREVISIBLE

mundial comparte ese punto de vista. Tiene alguna facilidad para desprenderse de la poca firmeza de la cuestión histórica y de la cuestión geográfica; la tiene sobre todo para dejarse prender por el tema de enfrentamiento de dos mundos incompatibles, el de una Junta Militar y el de una democracia. Reduce la cuestión al colonialismo y al imperialismo; y esa izquierda apoya sobre todo la sacudida anticolonialista. Hay otra izquierda, sin embargo, que no puede abstraerse con esa facilidad y que piensa que la anexión de las Malvinas y la sumisión de un puñado de habitantes a un régimen tan sangriento como el argentino, en una operación dirigida por algunos de los principales torturadores y represores de su propio país de una manera directa, es un hecho propio de una Junta Militar, de una dictadura, que forma parte de su naturaleza y de su idiosincrasia, y que responde al mismo imperativo que produjo el golpe de Estado funesto. La izquierda es un continuo desgarramiento intelectual, sobre todo desde que el mundo es tan complejo en cuestiones de intereses y tan vacío en cuestiones de ideología.

En España la cuestión es todavía más compleja. Hay una posición gubernamental, una de los que están a su derecha y presionan sobre el Gobierno, y otra de la izquierda confusa y angustiada. El Gobierno vive una situación amarga, arrastrado por su tema de Gibraltar, por su solicitud de entrar en la OTAN, por su alianza con los Estados Unidos y, al mismo tiempo por sus obligaciones latinoamericanas. Trata de mantener una neutralidad, pero no puede. Sus mensajes, la tendencia de los medios de comunicación que posee, va hacia la Argentina.

La gran derecha tiene pocos problemas de esta índole. La gran derecha es partidaria de los gobiernos fuertes y de los gobiernos militares. Ha presentado siempre a la Argentina —como Turquía, como Chile— en su acepción de regímenes fuertes, militares, capaces de sujetar un caos nacional y combatir al marxismo, comunismo o como quieran llamar a las fuerzas sociales. El «proceso» por el caso del 23 de febrero de 1981 se ha desarrollado, dentro del salón de audiencias y en los periódicos y discursos afines, precisamente como un estado de necesidad que requería una intervención militar: es decir, lo que justificó, según ellos, el golpe argentino. No tienen el menor pudor en

equiparar a las Malvinas la cuestión de Gibraltar, a pesar de que el régimen de que proceden, con toda la fuerza que tuvo, no intentó nunca una solución armada. Su moraleja del caso es ésta: las democracias son débiles, no consiguen hacer imperar la justicia en el mundo y se dejan desintegrar, mientras las dictaduras militares son capaces de mantener el orden y de conseguir reivindicaciones.

Otra gran parte de la izquierda española coincide con esta gran derecha, por razones distintas: porque le parece, como queda dicho antes, que la acción británica es meramente colonialista, y que el conjunto de Gran Bretaña, Estados Unidos y la OTAN forman un frente imperialista. Son estos hombres de la izquierda especialmente sensibles a las opiniones de El Salvador —de la oposición de El Salvador—, de Nicaragua y de Cuba en el sentido de que habría que expulsar a todos los anglosajones del continente latinoamericano: sobre todo, claro está, a los norteamericanos. Puede estorbarles la coincidencia con la derecha por un lado (distintos) y con la URSS; pero a muchos de ellos les estorba, sobre todo, su política internacional coyuntural. Muchos dirigentes de la izquierda, tocados del mismo tercermundismo y el mismo latinoamericanismo que el socialista Mitterrand, se ven al mismo tiempo inquietos por un atlantismo que les parece necesario para su supervivencia. Ni Papandreu ha podido sacar a Grecia de la OTAN. Nuestros izquierdistas no llegarían probablemente al poder, y serían acosados dentro de él si lo alcanzaran, con un programa que supusiera la ruptura del tratado con los Estados Unidos y la abstención en el ingreso de la OTAN, o la salida de ella si España estuviese ya incluida. Viven en una soberana confusión, en una contradicción permanente. No ignoran que sus correligionarios han sido asesinados en Argentina. Pero... Tampoco en Nicaragua se ignora que un contingente argentino estaba a punto —si no había llegado ya— de ir a El Salvador para ayudar a la Junta salvadoreña en su lucha contra las guerrillas y, por lo tanto, para tratar de infiltrarse en Nicaragua y destrozar su régimen; sin embargo, no vacilan ahora en ponerse al lado de la Junta argentina. Porque creen que lo que están combatiendo es clara y simplemente la intervención de los Estados Unidos en su propio país y en otros países latinoamericanos.

Puede pensarse, sea cual sea el desenlace de una guerra que no puede tener el clásico de una guerra antigua (que sería el de la destrucción y ocupación de Argentina por el bloque angloamericano, en un caso; o la evicción de estos de las islas Malvinas y la destrucción de flota y los soldados ingleses), en la eventualidad de una nueva política general en Latinoamérica: si la Junta Militar argentina, en lugar de caer y escapar, como podría ser el resultado de una derrota eventual, consigue mantener unida a la oposición como hasta ahora dentro de la desgracia, llegaría a formar una especie de régimen populista, del corte del peruano —que no en balde procura mediar en un sentido favorable a la Argentina— y que, utilizando unas previsiones demasiado largas, podría extenderse por el continente. Unos regímenes nacionalistas, pero con un nacionalismo latinoamericano, con regímenes fuertes, con una colaboración sindical. Lo que ese tipo de regímenes pudiera acercarse a un fascismo a la italiana, a un corporativismo del corte del que se trató de imponer en España, podría estar matizado por una cierta modernidad de conceptos y por una suspensión de las represiones. Puede que esa salida inquiete más a los Estados Unidos que cualquier otra. Los regímenes «ni de izquierdas ni de derechas», alentados por una recuperación de sus propias riquezas, con sus clases sociales más desfavorecidas entretenidas en nuevas vías de acceso a la gobernación, con sus intelectuales entregados al canto nacionalista, podría cambiar radicalmente el panorama. Si esas soluciones estuvieran favorecidas por la URSS, o utilizadas por ella para su eterna disputa del mundo, el cambio sería mucho más considerable.

Es, probablemente, una fantasía. Pero el mundo es imprevisible. Era imprevisible hace dos meses este enredo de las Malvinas; era imprevisible esta unidad, obligatoria o forzada, o apoyada en términos que nadie puede discutir, de la Junta argentina con sus propias víctimas. Era imprevisible que el pueblo británico siguiera con esta fidelidad a Margaret Thatcher, hasta el punto de que los que están en contra de la acción de guerra se quedan en minoría (una minoría que, afortunadamente, puede expresarse, declarar su inconformismo, tratar de arrastrar a la opinión pública hacia su sentido común). Al ser imprevisible lo que sucede en la realidad, resulta previsible cualquier fantasía. ■ E.H.T.